

## **I bambini della guerra**

*Conocí el exilio, doy fe que el alma en su dolor se estremece, y su música  
es un violín de lata bajo un cielo siempre en nieblas que decae. Soy  
testigo: el cuerpo se aleja del alma, a quien diera refugio, y vaga en una  
soledad sin tiempo ni huellas.  
El espejo roto ( Vicente Zito Lema )*

*María Cristina Ruffini de Lasagna*

El Foro Donne Marchigiane Argentina realizó en el año 2006 un Encuentro Nacional sobre el tema “ I Bambini Della Guerra”. Fue en el local de la Asociación Marchigiana de La Plata y allí escuchamos testimonios y reflexiones que nos mostraron los significados y las repercusiones que tuvo para los niños italianos la Segunda Guerra Mundial vista desde su condición de infantes, así como los sentidos e impactos que les significó a muchos de ellos la pérdida posterior de su Tierra Natal, como consecuencia de la emigración a estas lejanas pampas del cono sur.

Muchas veces hemos pensado acerca del doloroso stress que significa ver un conflicto bélico con ojos de niño, y , además, que luego se le suma a eso el traumático proceso de transculturación que vivieron los inmigrantes italianos a quienes se les demandó luego la necesidad de concretar nuevos intercambios con códigos desconocidos en un mundo ancho y ajeno. Fue para ellos como revivir el impacto devastador que había significado la guerra

Habitualmente nos hemos interrogado acerca de los efectos psicosociales que se produjeron en “los chicos de la segunda guerra” por la vivencia de esa destrucción del mundo cotidiano a la que se sumó luego la situación de que, perteneciendo a una cultura europea e ítalo-hablante, se encontraron teniendo que convivir con otras personas que pertenecían a una cultura americana e hispano–parlante.

El niño debe construirse como futuro hombre en base a sus ilusiones y proyectos, pero la guerra es una atroz contingencia que rompe la continuidad de las condiciones concretas de la existencia abortando y destruyendo ese movimiento de construcción de la esperanza y el mañana, y lo reemplaza por la situación de angustiada extrañeza por lo in – familiar. De aquí su dimensión de traumatismo.

Por otra parte, los niños deben crecer creyendo en la solidaridad entre los seres humanos y las naciones, pero la Guerra se constituye en un Gigante amenazador que transforma el cosmos de lo cotidiano

en un caos caracterizado por la confusión, el desorden, la muerte, la permanente posibilidad de que aparezca “lo siniestro” . .

Este impacto es devastador para la organización de la propia subjetividad, porque se debe crecer en un mundo en el que se asiste al declive de las instituciones que debieran sostenerlo (la Familia, el Estado). Los niños ven cómo la familia que era el lugar de protección y cuidado, la instancia organizada en torno a la ley, el epicentro de la formación de valores, la mediadora entre el ser que nace y el mundo exterior, se desorganiza y fractura.

Pero la Guerra produce la desarticulación del universo de la familia. Esa familia que ofrecía un punto de equilibrio al niño, al mismo tiempo que lo insertaba en un espacio de sostén social, hacía posible la inscripción en una historia que le brindaba a sus miembros sostén y referencia. La familia constituía el primer eslabón en el proceso de filiación y construcción de la cadena intergeneracional, y la guerra aparece poniendo todo esto en crisis. Aparecen entonces mutaciones múltiples tales como la pérdida de la condición salarial, la incertidumbre respecto del futuro, la dilución del trabajo como pilar de estructuración social, la pérdida de las protecciones sociales, entre otras múltiples catástrofes.

Estos niños debieron enfrentar el desafío de intentar luego reconstruir a partir de la pérdida, de la desilusión, el desaliento y la derrota. Y de pronto, frente a esa laboriosa tarea de reconstrucción que algunos habían iniciado, aparece de pronto la emigración en el horizonte familiar, y, con ella, todo lo que supone ir a otro lugar portando una cultura diferente.

Frederic Jameson (1993) ha definido la cultura como “el conjunto de estigmas que un grupo porta ante los ojos de otro (y viceversa)”. ¿Cómo incidió la posesión de estos “estigmas culturales” en el proceso de adaptación de estos niños, que habían sufrido la guerra, y que ahora debían adaptarse a un nuevo escenario, desconocido y muchas veces vivido también como amenazante, en el que otra vez, deberán revivir el dolor de la ruptura de lo cotidiano, y sentir una vez más el temor de la aparición de lo “siniestro”.

El psiquismo humano se funda sobre las bases de nuestro grupo familiar de origen, donde se encuentra la base primaria de los elementos constitutivos de la propia subjetividad. En ese marco, ¿Cómo fue, para estos pequeños inmigrantes italianos, tener que

dejar el grupo de pertenencia, cuyos marcos instituidos cumplían una importante función de sostén y defensa?

Al emigrar, durante la estadía en el nuevo país, con una cultura diferente, el contexto grupal ya no brinda la función de continencia, y esto puede ser el núcleo desencadenante de angustias y regresiones.

Al emigrar, estos niños se alejaron a veces de parte de su propia familia, de los paisajes habituales, con todas sus connotaciones (olores, sabores, clima, etc.) y de muchos vínculos sociales, así como también de los modos familiares de interacción, volviendo a vivir la pérdida los códigos y los ritos que producían sentido a la propia vida, algo que ya habían sufrido durante la guerra.

Cuando el sujeto se aleja del lugar de sus orígenes, se encuentra desprovisto y privado de todo aquello que lo contenía, envolvía y protegía. El desarraigo puede provocar un sentimiento de “extrañeza” (la sensación de no reconocerse a sí mismo). Por otra parte, el dolor y el sentimiento de culpa por la ruptura realizada con su mundo de ayer refuerzan el sentimiento de desarraigo, más que calmarlo.

La necesidad de integrarse a la nueva cultura les produjo resistencia al cambio por el temor a perder la cultura de origen, que era lo que les daba identidad.

Por otra parte, el tener que expresarse en otro idioma, con otra temporalidad, fue para ellos fuente de asincronía, de arritmia de las relaciones inter-lingüísticas, lo cual provoca trastorno en las capacidades de asociación. El sentimiento de impotencia en relación con esta situación despierta sentimientos de fragmentación y de pérdida de puntos de referencia, que pudieron haber sido vivenciados como amenazadores y fuente de sufrimiento.

Enrique Pichon Riviere dice que es posible transformar “lo siniestro” en fuente de creación. Y eso hicieron los niños de la segunda guerra que emigraron a estas tierras y que “hicieron la Argentina” .

En la actualidad, Ma. A. Mondelli habla del “Síndrome de Ulises” o Síndrome del Inmigrante con Estrés Crónico y Múltiple -que alude al personaje y "la odisea" que vive lejos de su casa- como un problema de salud psico-social ya que los estresores que padece el emigrante, dan lugar a una cantidad de síntomas psicológicos tales como:

a.. Sentimientos de duelos, tristeza, desesperanza, por la lejanía de los afectos y la imposibilidad del reencuentro en un período previsible a raíz de la situación económica y legal. La lejanía de familiares, la

dificultad para mantener el contacto cotidiano con ellos, provoca el sentir que se pierde de vivir una parte de la historia de los suyos, lo cual produce duelos inelaborados, pérdidas en el apego afectivo, dolor por las separaciones

b.. La pérdida de estatus social, reflejado en el reconocimiento de otros que se pierde entre desconocidos. Desesperanza cuando no se logra una inserción social, dificultades idiomáticas en el acceso a la escuela en la nueva residencia, situaciones de marginación y rotulación que se sufren por parecer “diferentes” , produce dificultades en la adaptación, sentimientos de fracaso, pérdida de la autoestima.

c.. Los peligros físicos relacionados con la emigración vinculados a posibles agresiones xenófobas, a conductas expulsivas, producen miedo y vivencia de situaciones traumáticas.

Cuando se habla del Síndrome de Ulises no se habla de las dificultades de adaptación lógicas del inmigrante, sino de un conjunto de signos y síntomas que dejan excluido al emigrante de la posibilidad de una adaptación activa a su nueva situación. La agudización de estos síntomas llega a producir conductas que -mal decodificadas por un contexto social adverso- pueden poner en alto nivel de riesgo la salud. Los niños de la segunda guerra que, además, emigraron luego a otro país lejano, debieron contrarrestar estos riesgos organizándose en Redes sociales con otros inmigrantes de la misma nacionalidad, lo que les facilitó el mantener un contacto social y desarrollar actividades que lo relacionaran con su país de residencia. Muchas veces la familia que quedó en la tierra de origen, desconoció el sufrimiento que tuvo el emigrante que había “perdido el paraíso” y , en ocasiones, no había encontrado “la Tierra Prometida” .

Frente a esto, Graciela Bar (2005) menciona que, a veces, puede observarse la adhesión estereotipada a las propias pautas culturales o, al revés, el “olvido de las raíces culturales propias por la necesidad de “fundirse” en el nuevo grupo. Algunas de estas distintas formas posibles de vivir el proceso de “extranjerización” fue la que usaron “I bambini della guerra”

Los testimonios y producciones que nos conmovieron en ese Tercer Encuentro del Foro Donne Marchigiane de Argentina fueron una polifónica y conmovedora respuesta.

Pero, a la vez, la migración puede tener también una contraparte creativa interesante: el individuo se encuentra de pronto en un mundo abierto, liberado de trabas de clase, de humillaciones o de restricciones. Este nuevo respeto hacia sí mismo, el descubrimiento

y la constatación de su fuerza y de posibilidades propias que tal vez antes desconocía, una nueva confianza en sí mismo puede ser fuente de un placer que empuja hacia acciones pro – activas, de amor hacia lo nuevo.

La multiplicidad de voces convocadas nos mostraron cómo fue eso de “sobrevivir” a la guerra, estando “lejos de casa”.

A través de sus inefables relatos pudimos ver que sus logros se acompañaron a veces con el dolor punzante de la culpa, a veces con la añoranza y siempre con la necesidad de no fallar en “la prueba”.

En Tercer Encuentro del Foro Donne Marchigiane de Argentina fue un espacio de mutua escucha, destinado a compartir vivencias y experiencias en el que les dimos la palabra a los protagonistas, es decir, a “I bambini della Guerra”.

Ojalá esta experiencia , a la que asistieron espontáneamente personas de diferentes provincias argentinas, desde Buenos Aires hasta La Pampa y Santa Fé, y que contó con la presencia del On. Rocardo Merlo, merece ser repetido en otras ciudades argentinas, en las que también se cree ese espacio de escucha en el que se les dé la palabra a los emigrados italianos que, además, fueron niños durante la Segunda Guerra. Fue una excepcional oportunidad de recuperación de la memoria oral.